

CUADERNOS DE UN DIPUTADO

DIAS DE ESPERA

Por VICTORIA ARMESTO

Estos días las Cortes están casi desiertas. Salvo el presidente señor Hernández Gil, que es el presidente que más horas pasa en su despacho de que se tiene memoria, los ujieres y personal administrativo, los de la biblioteca, los letrados... y yo, apenas si hay nadie. Nuestros pasos resuenan por los largos corredores, entre retratos ilustres de padres de la antigua democracia. Me detengo un instante y me apoyo en esa hermosa mesa hecha con una sola pieza de agata. Han sacado las alfombras y contemplo también los bellos entarimados y los mármoles y los terciopelos... Me pregunto si merecemos ser dueños de tanta belleza.

El otro día, en uno de los últimos plenos, vino uno de los más altos personajes de Dinamarca, el primer ministro si no recuerdo mal. Don Fernando Alvarez de Miranda hizo que suspendiéramos la sesión para saludar a su ilustrísima y todos nos pusimos en pie. Fue entonces cuando a su vez se levantó en la

tribuna de honor un ciudadano vestido con camisa playera de manga corta. Yo tuve vergüenza no sé si por nosotros o por él. Claro que miré a mi alrededor y el espectáculo de los múltiples diputados despechugados me hizo comprender que por qué un invitado de honor iba molestar-se vistiendo un traje de circunstancias. Es obvio que, o mucho ha cambiado Dinamarca, o de esta guisa mal podría entrar en su Parlamento.

Recordé una frase de Concepción Arenal (no tengo ahora tiempo de buscar en sus obras completas para reproducirla con exactitud) en donde la ilustre fe-

rolana señala que, cuando los españoles no cumplimos con nuestros deberes cívicos, los extranjeros que nos visitan aún se complacen en acentuar a su vez más las deficiencias comunes.

Es decir, si tiramos papeles a la calle ellos tiran más. Si somos impuntuales, ellos ya jamás llegarán a la hora y, en el caso que nos ocupa, si nuestros diputados se quitan la corbata el gran hombre extranjero se quita la americana.

Hagamos idea de que en cierto modo estamos viviendo una especie de revolución y no diré que incruenta porque incruenta no lo es y sino pregun-

tenselo a los policías y guardias amén de otras víctimas, pero de cualquier forma esta dinámica acelerada debe servirnos para hacernos más perfectibles y que cada palo aguante su vela.

* * *

Al cabo de horas y horas en el despacho los papeles lejos de disminuir aumentan. Y es que resulta muy raro que me dejen trabajar en paz. Estos viajes esporádicos fuera de La Coruña han traído sobre mí nuevas cargas pues a veces tiene uno la impresión de que aún con la democracia la gente está muy sola y que hay muy pocas almas que atienden a los demás. Hace poco le pregunté a un diputado de las izquierdas: ¿No le asan a usted pidiéndole recomendaciones? «Sí, —respondió— pero no les hago caso. Mi secretaria tiene ya dos clases de formularios y ora tira de uno ora tira de otro. ¡Si pudiera yo hacer lo mismo! Estas son las gentes que entienden bien la política y, a la hora de los votos y de las urnas, como ellos se llaman «obrero» y uno no... Entretanto es obvio que pasan una vida más descansada.

* * *

¿Les divierte que les cuente acerca de algunas de las noticias de esta mañana?

Número 1: Ocuparme de un asunto de Cedeira.

Número 2: Ocuparme de varios problemas que afectan a Ribeira, y recibir una persona de la zona que me da cuenta de dichos problemas.

Número 3: Recibir a un joven de Córdoba acompañado de una persona que le protege y que le ha conseguido un empleo para... cuando salga de la cárcel de Alcalá. Porque resulta que el chico ha robado en varios establecimientos de electrodomésticos, con agravante de nocturnidad y le han salido varios años de cárcel y mañana —pues tenía permiso de vacaciones— ha de volver a chirona. Que por favor doña María Victoria le pida el indulto, que otro que cometió los mismos delitos apeló a un abogado socialista y ya está en la calle, que el chico está arrepentidísimo, que ya tiene un trabajo en la cooperativa, que su madre le manda un escrito y que usted mire por él...

Parece imposible que con tanto criminal suelto por las calles, aún haya gente que siga en la cárcel por robar algunos aparatos de electrodomésticos. Intercedo por el buen ladrón y pido a Dios que de verdad esté regenerado. De todas formas es penoso mandar a un adolescente a la prisión puesto que deben de ser lugares terribles y de muchísimo peligro en todos los órdenes.

Sale el joven delincuente regenerado o en vías de regeneración y pide entrada un señor que quiere sentar plaza en un banco en Denia.

A toda velocidad le pongo una carta de recomendación temiéndome que no le servirá para nada y a todas estas me llama acongojada una señorita gallega funcionaria en Madrid que tiene también problemas en la permanencia de su trabajo (pues hoy está media España en el aire) y a la cual debo yo un gran favor de antes de la política y es que contribuyó a meter en uno de una de esas espléndidas residencias a dos ancianas que ahora están rezando por mí a cuyas plegarias debo sin duda muchos bienes.

Mi interlocutora además de tener su puesto en el aire ha visto inundada su casa en la última tormenta de Madrid en la que cayeron auténticas cataratas y fue el día en que Alianza Popular abandonó la Constitución como protesta por aquel famoso «Consenso» del que fue excluida y que había sido logrado en el restaurante de 5 tenedores «José Luis».

Pues ese día a mi amiga se le inundó la casa, se le arruinó cuanto tenía dentro y ha tenido que sacar los muebles a la escalera y mandar a su anciana madre a La Coruña. Y tras haber perdido en parte sus enseres y completamente sus ropas a la pobre se le han perdido también los apuntes necesarios para sus oposiciones y si en mala situación estaba antes peor está ahora. Ya la he recomendado pero vuelvo a recomendarla por segunda vez, temiéndome igualmente que de nada sirvan los desvelos.

A todas estas entra un funcionario que conozco a contar-me sus cuitas, con las 30 mil pesetas que gana no puede materialmente sufragar la educación de sus cinco hijos. ¿Y no le podría yo encontrar un trabajo a la mayor? Para colmo de males a su madre que era la viuda de un alcalde falangista toledano asesinado en el 36 y a la que le pasaban una cantidad al mes, concretamente 1.500 pesetas, ahora con el cambio se las han suprimido y el hombre también ha de mandar algo para su subsistencia.

El correo me trae la carta o «SOS» de unas monjitas de clausura de Lugo que también se les ha caído o medio caído el tejado ¿Y dónde podrán buscar una subvención? En este punto decidí inhibirme porque está bien que me ocupe de provincias que, como Córdoba o Alicante, no tienen un diputado conservador y por lo tanto encuentran en mí como una madre bis, pero Lugo tiene a Carro y que Antonio Carro campe con el problema de sus monjitas. Se lo escribo con una cierta dulzura pero después me da congoja porque me mandan una estampa y un escapulario y así les envío un pequeño cariño que si no les sirve para levantar el tejado al menos les servirá para endulzar su dieta espartana.

Es conmovedor pensar en estas santas mujeres encerradas en sus celdas, pidiendo por todos nosotros pecadores.

pluma de
medianoche

por LUIS CAPARROS

LAMENTACIONES

Alguien ha titulado un comentario referido al asesinato del director de la «Hoja del Lunes» de Bilbao con una expresión que resume en sí misma una penosa y peligrosa situación como la que está atrevesando el país —el País Vasco, el País Catalán, el País Gallego, el País Andaluz, el no sé por qué llamado Estado Español— y que es «El Muro de las Lamentaciones».

El proceso se viene repitiendo con insistencia traumizante: alguien es asesinado cada día y al siguiente se agolpan los artículos de indignación, los comunicados de protesta, las declaraciones de condena, los razonamientos lógicos sobre la circunstancia caótica que propicia el terrorismo impune, y nada más.

Nada más, porque el terrorismo sigue, que es como decir que el terrorismo gana y esa victoria, que se nutre del envaletonamiento y el placer de los objetivos cumplidos, amenaza con desembocar en el fin último que el terrorismo persigue. ¿Cuál es este fin de incierta comprensión para el ciudadano normal, cualquiera que sea su ideología? Sencillamente la desestabilización de cualquier proceso, de cualquier negociación, de cualquier fórmula que no pase por el apoderamiento violento del poder, aunque al final se haya logrado esta soberanía sobre las ruinas de un país vencido, destrozado, sometido, amedrentado. Un país inerte y vacío como un solar sobre el que luego poder ellos, los terroristas vencedores, construir el edificio de su concepción ideológica. Sobre el más nefasto de los principios políticos imaginables como es el de que el fin justifica los medios.

Sobre esta situación, que en circunstancias como las actuales ataca directamente a lo que más nos puede importar a todos, como es la consolidación del proceso democrático después de los cuarenta años de dictadura, quienes a mí personalmente más me preocupan, porque creo que son sus víctimas inmediatas, son los propios vascos, esos españoles que asisten como desvalidos al desmontaje de su propio conjunto social, a la desintegración de su nivel económico surgido del trabajo, el esfuerzo y la dedicación de unas gentes históricamente aptas para construir un país que ahora se intenta destruir. Ese país vasco

donde la existencia cotidiana se ha convertido en una aventura, de la que escapan los industriales, al que renuncian los turistas y donde cualquier palabra, cualquier opinión, cualquier antecedente, es una apuesta a la muerte inapelable de la más temible forma de crimen, como es el crimen del fanático, la acción orgullosa de quien se ha mentalizado a sí mismo en la idea de que matar a alguien es un servicio, una acción positiva y necesaria.

Y consciente de la inocuidad del comportamiento colectivo ante esta circunstancia —yo mismo, al escribir estas líneas ¿qué hago más que acudir al aludido Muro de las Lamentaciones?—, lo que todos desearían sería encontrar una solución que no está en nuestras propias manos alcanzar.

Las soluciones fáciles están en la mente de todos, pero es como si tales soluciones fueran precisamente las buscadas por los propios terroristas. Alguien, naturalmente bunkeriano, decía que el problema vasco lo arreglaba un Pinochet cualquiera que llegara allí con las atribuciones necesarias. Facilísima salida, pero que empataría en negatividades el remedio y la enfermedad. ¿Es eso lo que la «ETA» pretende propiciar como para alcanzar por esa vía la razón que le falta si está desmontando un sistema democrático en el que, guste o no guste, será el pueblo el que decida, el que organice, el que administre su propio destino?

Cuando alguien dice que no le gusta esta democracia, tendrá sus razones legítimas para decirlo. Pero deberá tener al mismo tiempo la irrenunciable paciencia para intentar cambiarla con su propio voto en las puntuales elecciones que se produzcan. Sin otra vía para imponer su criterio que este del voto individual. Pero combatir la voluntad popular desde la intolerancia de la pistola, la bomba o la amenaza es una forma de fascismo, que es una palabra que encubre muchas actitudes paralelas no necesariamente fascistas en su objetivo ideológico, pero sí en sus procedimientos.

La sociedad necesita defenderse del terrorismo con algo más que con lágrimas en el Muro de las Lamentaciones. Y esta sociedad también necesita hacerse solidaria de todos los vascos, que no son sino las primeras víctimas del deterioro que allí se produce.

Pero resolver aquella situación sin caer en la tentación de vencer a una violencia con otra violencia mayor que la anule es el grave problema del momento. Gravísimo problema que uno no sabe como podría afrontarse.

Que alguien tendrá que afrontar para que no nos limitemos a llorar en el muro de los lamentos inconsolables.